

bió á Gragnon: «Necesito vivir, concededme á lo menos la autorizacion para instalar una parada ambulante en la calle que lleva el nombre de mi hijo.» En la prefectura de Policía se rien aun de aquella carta.....

Creo, no obstante, que se le concedió un corto socorro después de un artículo muy elocuente y muy conmovedor publicado en el *Figaro* y en el cual se recordaban las condiciones en que habia muerto el jóven sabio víctima de su abnegacion.

Ya os formais cargo ahora del terreno, y comprendéis por qué os decia que era necesario esta vez asegurarme con algunos gaviones.

Si nuestro hombre tuviese el valor de confesar la carta, si declarara que *Justina* debe en adelante formar parte de los libros escolares, llevaríanle en triunfo los republicanos y todos los grupos de la izquierda, reunidos en junta general lo aclamarían por presidente.

Es posible no obstante que no tenga tanto valor y que niegue la carta, cuyo original han visto diez personas, pero todo el mundo es cobarde en nuestra época, y esas personas tendrán miedo, y no se atreverán á declarar.

Figuráos ante un tribunal á la honrada mujer de cabellos blancos que tan á menudo ha venido á contarme sus dolores. La vida ha pesado cruelmente sobre ella y, pobre anciana, asmática, á fuerza quizás de haber subido las escaleras de ministerio, quedaria pronto sofocada á la primera intemperancia del presidente. En el proceso Mayer, no pudo Barthelon intimidar á hombres como Alberto Duruy y Alfonso Daudet, pero á lo menos consiguió impedir que hablaran. Dijoles: ¡«Callaos!» ¿Qué quereis responder á esto? No podeis razonablemente exponeros á dos años de cárcel obstinándoos en ilustrar la conciencia de un magistrado, cuando sabeis, indudablemente, que el magistrado no sabe si quiera lo que es conciencia.....

Desde aquí oís á Ranc que fué en el gobierno de la Defensa nacional el colaborador y el admirador de *Justina*, exclamar: «¿Es posible calumniar la camarilla de Gambetta, atacar á uno de sus fieles auxiliares, á un hombre tan íntegro, de conducta tan pura, cuyo corazon jamás ha latido sino por la República cuyo culto no separaba del mismo culto de la Patria?»

Con mis gaviones me encuentro en una posicion excepcionalmente favorable. Hago la mamola á Ranc á quien ofrezco decirle al oído el nombre del émulo del divino marqués y me atengo, ante mis jueces, á mi primer sistema. Hasta añadiré: que desde el 2 de diciembre no me va bien; en aquella época tenia yo siete años y aquel acontecimiento me perturbó de tal manera que mi crecimiento se retrasó y que solo seria justicia otorgarme una pension de víctima...

Tocante á los que me conocen, que saben con qué cuidado me informo, no tienen la menor duda acerca de lo que escribo (1) y juzgarán que esta página de psicologia republicana tiene su interés y que aclara perfectamente la igno-

(1) Véase, por lo demás, la carta que certifica absolutamente la verdad de lo que digo:

París 15 Setiembre 1887.

«Caballero:

«Ayer estaba en el campo y no pude enviaros inmediatamente la copia que me pedís, y que va adjunta.

«No creo faltar á un deber comunicando la copia de una carta cuyo original, desgraciadamente, entregué á su autor.

«Tan mal se ha portado conmigo este hombre; ha sido tan ingrato, tan olvidadizo de los compromisos reiterados á menudo y en último lugar en el lecho de muerte del pobre M. X...., que me parece de toda justicia darle á conocer y revelar qué clase de hombres son los servidores de la República.

«Todo cuanto tengo está á vuestra disposicion y os recordaré que la carta de los *fantoches* tiene tambien su valor.

«Dignaos aceptar, caballero, la seguridad de mi agradecimiento que tengo por la benevolencia que me habeis demostrado.

«Viuda X....»

minia de los Radicales que se atreven á hablar de moralidad pública cuando ellos mismos son la más perfecta muestra de la inmoralidad privada.

Los jóvenes que hayan comenzado á pensar por sí mismos, encuentren más quizás en esto: encontrarán ocasion de reflexionar, luz arrojada sobre esas *terrae incognitae* de la historia contemporánea que no descubrimos sino al través de las fantasmagorías y de las charlatanerías, que sospechamos más, como en el mar se sospecha la costa según las formas de la niebla. Muy sorprendente es, asimismo, que durante la guerra no hayamos podido hacer un movimiento sin estar prevenido el enemigo, y, sin conceder demasiado á la conjetura, parece que no se puede contar gran cosa con el sentido moral, con la incorruptibilidad de personas que, en pleno vigor de la edad, después de haber desempeñado un papel muy importante, redactan tranquilamente el presupuesto de una publicación obscena.....

A pesar de las indignaciones del vocinglero Salis y del no menos vocinglero Jamais, añado que no es extremar mucho el método inductivo suponer que, en la comisión del presupuesto, un hombre que ha ideado procurarse recursos con una imitación de Justina no debe mostrarse muy reacio ante un ofrecimiento de cien mil francos hecho por un abastecedor militar.

Ya comprendéis que no insista más. El juez me condenaría implacablemente, y quizás le tuviera yo más lástima que ira. «¡Pobre hombre! pensaría yo, por complacer á la francmasonería, tratas cruelmente al escritor que intenta ilustrar á su país, y, quizás tu hijo, el hijo que te gozas en ver crecer y cuya sola vista detiene un poco tu alma dura, sea de los primeros en caer, herido por la espalda, en una emboscada, á consecuencia de los datos facilitados por los francmasones á quienes sirves.....»

Efectivamente, á esto se reduce mi cargo: emplear el modesto talento que Dios me ha concedido en advertir y prevenir: mi responsabilidad cesa donde acaba mi poder. Si mañana place á los electores—lo que parece bastante probable al paso que vamos—escoger á un vendedor de mapas transparentes bajo los porches de la calle de Rivoli para confiarle la vida de sus hijos en tiempos de guerra—no puedo absolutamente evitarlo.

Hé aquí lo que convendría arrojar de vez en cuando al rostro de los republicanos, y, para hacerlo, sería necesario, lo repito, tener una prensa por vanguardia que acuchillara á esos desvergonzados luego que comenzaran á remover inmundicias como René Laffon.

Para la mayoría de ellos es encantadora la existencia; nos cubren de lodo y solo recogen saludos y cortesías de parte de la derecha. Confesad que el más elemental decoro habría ordenado á un Laguerre decir á M. de Mun: «Mi querido, fuisteis verdaderamente noble para mí cuando mi causa; ya veis con que cuidado me he abstenido en esta enojosa interpelación con motivo de Citeaux;—la abstención me era tanto más fácil, además, porque me era imposible declararme acerca de hechos que nadie conoce.»

No hay porque molestarse para con los católicos, ya que, después de haberles cubierto de salivazos, se tiene la seguridad de encontrarlos el día siguiente tan agradables, tan solícitos, tan cariñosos como el día ántes.....

Abrid ciertos periódicos conservadores y en ellos oiréis hablar continuamente de un árbitro del honor. ¿Quién es pues este árbitro del honor? El viejo Anatolio de la Forge cuyo retrato dibujaré algún día. No hay una medida odiosa contra nuestros sacerdotes y nuestros religiosos que ese hombre no haya votado, y, el mismo día, va ese miserable á mendigar rastreamente reclamos á aquellos cuyas creen-

cias ultraja..... y los periódicos conservadores le hacen esta limosna. No se tramita ni una sola causa de duelo en los tribunales sin que ese gretesco consiga figurar en los anuncios, aunque jamás se haya podido saber con quién, ni en que época se batió.

En semejantes condiciones, se hace bastante admisible que el público se diga: Hé aquí un hombre á quien sus mismos adversarios reconocen como el árbitro del honor; si pide, sin otra forma de proceso, la expulsion de los religiosos y la confiscacion de sus bienes, es porque los sucesores de Lacordaire, de Ravignan, del Padre Olivaint, del Padre Gratry, del Padre Captier son grandes malvados.»

La enfermedad de los conservadores, la avería del cerebro que paraliza todos sus movimientos y desequilibra todas sus facultades, es una idea fija, que ha entrado poco á poco en la trama de su sistema nervioso, la idea fija de que nacieron para ser molestados é insultados. La definicion del católico para ellos es esta: «CATÓLICO: ciudadano francés que paga impuestos, que cumple sus deberes cívicos como todos: *seña particular*: está destinado por la naturaleza para recibir todos los días la cloaca colectora sobre su cabeza.»

Ya lo tengo explicado, no tengo aficion á los monopolios y no me gusta más el de la cloaca colectora que los demás: compartamos fraternalmente la cloaca, Laguerre, Lockroy, y, tú mismo, árbitro del honor. Nos habeis revolcado á todos en el excremento de la *Lanterne* con motivo del asunto de Citeaux, permite, Clemenceau, hombre feroz y temido de tus semejantes por tu habilidad en tirar la pistola que no seamos nosotros los únicos emporcados y que tome yo un poco de ese excremento para alisar con él tu amenazador bigote á manera de pomada húngara. Esta noche te dará esto ruidoso éxito en la Opera.....

Cuando os parezca que todo eso huele mal, os direis quizás que el hombre no es perfecto, que la naturaleza humana es frágil, que puede castigarse á un desgraciado fraile que fué demasiado debil para dar una bofetada á niños difíciles de corregir, sin alborotar, desde lo alto de la tribuna, á toda la canalla contra los católicos. Estas reflexiones os inducirán á pensar que todos los franceses son iguales, que tienen los mismos derechos y que delante del enemigo, que nos acecha, nuestra mejor defensa seria tambien la concordia y la union.....

Los hombres de la derecha podrian precipitar el desarrollo de estas saludables reflexiones. Muchos de ellos han sido educados por esos religiosos á quienes René Laffon propone expulsar descaradamente, só pretexto de que un pequeño recluso haya contado una porqueria acerca de un vigilante. Debiera esperar á sus colegas al entrar en el salon, en el momento en que los diputados se disponen á sentarse hablando de camino, de la última propina recibida—riéndose maliciosamente debieran poner este libro debajo de la nariz de los Radicales, y decirles: «¡Hé! mis valentones, vosotros que sois tan bravos contra los pobres que llevan sotana ¿parece que aquí dentro os tratan bien?»

Sin duda que los cobardes aparentarian un falso sonris, pero en el fondo sentirianse cogidos, castigados. «Me escuece la megilla!» diria Clemenceau. «Me duele el trasero» añadiria Laguerre. «Tambien me han dado á mí!» gritaria René Laffon.

M. de Mun me contestará á no dudar, que tengo sobrada razon, pero que sus amigos y él son demasiado bien educados para proceder así, y sienten invencibles náuseas en remover la ropa sucia de los Radicales.

—Pues ¿y yo? mi querido de Mun, no podeis formaros idea de lo que á mi me ha costado escribir este capítulo.

Quando ha quedado estampada en el papel la última línea acerca de estos cochinos de la izquierda, he bajado corriendo mi escalera con la alegría de los niños que oyen tocar la campana de recreo, y que saltan cuatro escalones á la vez para estar más pronto fuera del colegio.

De un salto me encuentro al extremo de mi jardín, donde hay un rinconcito que yo amo, una pared ruinosa, muy baja, da paso á un camino hondo. Descúbrese campos, luego una franja plateada muy tenue en verano, es el Sena; en el fondo, á la otra orilla, masas espesas de verdor con rayos de luz y molduras en el azul firmamento hechas por árboles que, con sus copas elevadas, sobrepujan algo la cima de los demás.

El día comienza á declinar y la sombra se apodera poco á poco de los últimos términos, mientras que, á poniente, arroja el sol sus postreros resplandores bajo un cielo tranquilo, nada dramático, sin ninguna de las nubes de siluetas extrañas y movedizas que evocan á veces á la imaginación la idea de caravanas fantásticas que cruzan ciudades de arquitectura fabulosa.

El suelo está liso y de amarillo subido; acaba de recojerse la cosecha, y, en lontananza, á medida que las tinieblas prestan á todo formas más confusas, los *somormujos* hacen el efecto de tiendas en cuyo centro se levantara una tienda de general, una gran protuberancia que domina las gavillas cercanas.

La serenidad del anochecer envuelve aquel paisaje tranquilo que os comunica una especie de sensación de reposo y detención, ante el esplendor de las cosas visibles; lo que Leonardo de Vinci llamaba la *Belleza del mundo*.

Sumergiéndome en mis ensueños, encontraba otra vez una visión análoga, pero muy distintamente viva, poderosa y ardiente. Estaba con los míos en una calesa que se había

parado en una subida, en un camino del Forez. Detrás de los bosques de Vollor, los Bosques negros, se ponía el sol relumbrando, con matices de rojo de incendio. Los segadores acababan su tarea entonando una canción del país.

Mariez-vous, car il est temps,
Belle Rose,
Belle Rose,
Belle Rose du Printemps.

La «Belle Rose», ya cariñosa como una plegaria, ya apremiante y casi imperiosa como un consejo, se prolongaba al infinito, al través de los valles, repercutiendo hasta en la montaña; luego unas voces viriles lanzaban, como al vuelo, la frase final:

Belle Rose du Printemps,

No podíamos desprendernos del espectáculo y decidimos á partir, y, después de transcurridos seis años, veo todavía el mismo cuadro.

¿Por qué ciertas visiones os quedan por tanto tiempo presentes, os dan la impresión de una hora de vuestra vida particularmente feliz, exenta de toda preocupación hasta ligera, de una hora que no volverá jamás para vosotros, por siempre jamás?.... ¿Por qué despiertan en vosotros el recuerdo de una especie de dilatación, de completo desarrollo de vosotros mismos, de armonioso y vibrante concierto de todas vuestras facultades afectivas y sensitivas? Esto no se explica y sobretodo no se trasmite por la palabra escrita...

Lo cierto es que en el mismo rincón de tierra y ante el mismo cielo, yo no me encontraré jamás el mismo. Cuando me es difícil dormir, no debo hacer más que cerrar los ojos para ver otra vez el carruaje parado en la cuesta, los que yo

amaba en el mismo puesto, y oír en su ritmo penetrante y dulce, la canción rústica, mezclada al grito de triunfo de la Naturaleza veraniega en toda su magnificencia como un aviso de que el Otoño no está muy lejos.

Mariez-vous, car il est temps,
Belle Rose,
Belle Rose,
Belle Rose du Printemps.



LIBRO OCTAVO.

Los Simulacros.

I

LA VIDA MUNDANA.

El *Eidolon*.—El fetiche en el cual ya no se cree.—Las agonías de seres y de cosas.—Gacetilleros y escritores.—Estado de ánimo de las clases elevadas.—La indulgencia mundana.—La fatalidad económica.—La impecuniosidad.—Los expedientes.—La Francmasonería del placer.—El barón Seillières y la princesa de Sagan.—Una velada de hadas.—El conde de Chambord y la Aristocracia.—Wolff y Meyer.—Un rincón de Lesbos en París.—Culebras y sapos que uno se traga.—Las contemplaciones mundanas.—Decadentes, salvajes y niños.—Trucos é industrias diversas.—Las influencias ancestrales.—Pablo Bourget y sus falsas ideas.—Decadencia moral y renacimiento físico de la Aristocracia.—El secreto del encanto mundano.—Personalistas y egoistas.—Las víctimas del mundo.—Caro y el primo Pons.—Los que luchan y los que zozobran.—Malas maneras y distinción.—La religión y las personas del mundo.—Influencia muy relativa de los Jesuitas.—Un sacrificio inútil.—Los grandes señores de Rumanía.—Un recuerdo de la emigración.—Besamano ó no hay baile.

I

Carlyle es un pensador de rara intensidad. Es preciso leerle en el campo, despacio, con tiempo para deshacer una á una las fajas, á veces extrañas, que envuelven el ser íntimo y romper el hueso que contiene el tuétano sustantífico.